

INTRODUCCION A UNA PROBLEMÁTICA: LA POLÍTICA ECONOMICA DEL PETRÓLEO

Jorge BOUTÓN*

RESUMEN: El presente artículo introduce múltiples aspectos de la economía petrolera nacional, del devenir histórico de la nacionalización y sus afirmaciones y negociaciones a lo largo de las décadas, así como de la planificación, todo ello inserto en la problemática universal de la energía que conmueve al mundo económico. Se analiza la estrategia del petróleo que mueve políticas de Estado, maniobras diplomáticas, presiones económicas e incluso poderosas fuerzas armadas, que explican en última instancia el «por qué» de guerras locales sucesivas, focos de agresión, intervencionismo político y militar, con la mira puesta en el petróleo.

El petróleo es un producto natural fósil, originado en materia orgánica arcaica —animal y vegetal— acumulada, en tiempos remotos, en el fondo de ríos y lagos y trabajada por el tiempo en un infinito laboratorio bacterio-químico durante millones de años, que los geólogos ubican desde el cambriense hasta el mioceno. En esa larga prehistoria, la materia biológica fue distribuida por todo el globo y acumulada en áreas geográficas selectivas, sedimentarias, verdaderas «trampas» profundas, al abrigo de las cuales se fue transformando lentamente en mezclas variables de hidrocarburos, azufre, nitrógeno, oxígeno e impurezas, cuya mezcla constituye el petróleo bruto, parcialmente gasificado. Las capas de petróleo de un campo petrolífero no suelen medir más de 30 o 40 metros de espesor, pero se extienden a veces por decenas de kilómetros, a profundidades variables que habitualmente alcanzan los 7 000 metros pero teóricamente pueden llegar

* Editor del Instituto de Geofísica, UNAM.

hasta los 15 000 metros de profundidad. Estos campos cubren grandes áreas del globo, muchas de ellas bien conocidas y explotadas y muchas otras «probadas» o «estimadas», que constituyen las reservas para el futuro.

Al estado bruto o «crudo», el petróleo no tiene aplicaciones prácticas. Debe ser transportado, por medio de oleoductos o barcos-tanques a las refinerías donde, a través de procesos de decantación, destilación, fraccionamiento, *cracking* térmica y catalítica, se pueden separar sus componentes o subproductos. Se obtienen, así, desde los carburantes comunes —gasolina, keroseno— hasta una gran diversidad de productos de empleo universal —se cuentan hasta 300 mil— que incluyen resinas, disolventes, insecticidas, herbicidas, detergentes, cauchos, barnices, poliestireno, nylon, dacrón y otros plásticos, explosivos, abonos, películas, etcétera.

Se concibe que esta riqueza natural tan vasta haya desarrollado una ciencia y múltiples técnicas del petróleo, que van desde la prospección y extracción a la industria del refinamiento, la moderna petroquímica y varias más. Se concibe también los enormes intereses económicos que gravitan alrededor del petróleo, su industria y su comercialización, que cargan ya con una larga y oscura historia de predación y piratería por el dominio de las tierras petrolíferas, que bastante se identifica con la historia del mundo en lo que va del siglo.

El petróleo y sus productos han llegado a convertirse también en la mayor riqueza nacional mexicana y de otros países latinoamericanos y en el eje de su economía interna y exportadora. Está incorporado a todos los niveles de la vida moderna, al punto que puede considerarse como el motor del organismo social, que se paralizaría totalmente sin su materia prima energética. Amplias masas de la fuerza de trabajo nacional dependen del petróleo y el cuerpo social mismo vive de su consumo cotidiano. Es la materia prima por excelencia y la base material de la estructura económica de la sociedad moderna. PEMEX es sólo la superestructura visible de este enorme movimiento de materia y energía o sea riqueza. Es un bello ejemplo de la transformación de la naturaleza por el hombre en un mundo «humanizado» por el trabajo social, proceso en el cual se transforma el hombre mismo mediante la producción-reproducción de la propia vida humana social.

Esta dialéctica de la producción y consumo nos muestra una imagen del mundo moderno dividido en sistemas antagónicos desde la perspectiva del petróleo, como de otras materias primas. El orden económico del mundo actual tiene sus raíces en la herencia histórica de la conquista y el coloniaje, herencia que se revela hoy como una

desigualdad entre las naciones desarrolladas y el Tercer Mundo del subdesarrollo. Se excluye de este esquema al mundo socialista que se autoabastece en sus demandas sociales de energía y subproductos y que destina esa riqueza nacional al crecimiento y desarrollo de su propio sistema socialista. La gran expansión capitalista-imperialista del siglo XVIII unificó y fusionó los sistemas productivos opuestos o antagónicos en una vasta estructura económica internacional hegemonizada por el proceso de producción-industria-distribución, estructura en que cada país o región fue integrada, con una función y una posición determinadas dentro de la macroestructura capitalista. Esto fijó el estatuto de la desigualdad, de la dominación colonial y de la explotación y fijó también la estructura política, económica y social de los países atrasados, en un vasto sistema dependiente de los grandes centros desarrollados industriales o metrópolis. Es la política del imperialismo, que define la historia desde el siglo XVIII hasta la actualidad.

El sistema imperialista funciona como una unidad antagónica, sobre la base de la explotación, en la cual los países subdesarrollados cumplen la función de suministro de materia prima y de fuerza de trabajo de bajo costo para la acumulación capitalista en las metrópolis imperiales. Unos y otros son parte integrante necesarias del sistema, porque el proceso de acumulación y reproducción ampliada del capital no puede mantenerse sin las fuentes de materia prima y los «mercados suplementarios» de los países subdesarrollados. O sea, que desarrollo y subdesarrollo son las dos caras de una misma moneda, estructuras interdependientes de un sistema único —el sistema capitalista— que vive y sobrevive sobre la base de la acumulación capitalista por un lado y la «desacumulación» o despojo del patrimonio, por otro. En ese macrosistema, los países subdesarrollados son fundamentalmente productores y exportadores de productos básicos naturales o materias primas no trabajadas (petróleo, estaño, cobre, azúcar, café, cacao, tabaco, algodón, lana, cuero y mil más) y los países industrializados son centros de transformación de esos productos en manufacturas con sobretrabajo agregado, plusvalía y sobreprecio. Es el sistema de la desigualdad estatuido por el capitalismo y que no puede cambiarse históricamente sin transformar las estructuras económicas mismas del sistema.¹

¹ Bravo y Vega, G. A. "El petróleo como elemento de negociación de los países subdesarrollados: su proyección a otras materias primas", *Cuaderno 7*, Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1977.

En lo que respecta al petróleo, el campo antagónico muestra, por un lado, las grandes compañías petroleras internacionales y multinacionales que hegemonizan monopolícamente la industria y comercialización del petróleo de las que extraen beneficios astronómicos. Por otro lado, un Tercer Mundo subdesarrollado, rico en fuentes petrolíferas, tradicionalmente explotado y despojado por los grandes consorcios de la industria y que conserva sus bajos niveles de vida social bajo la dependencia. Este esquema simplista está sufriendo hoy cambios cualitativos de trascendencia histórica.

Las corporaciones transnacionales son los grandes aparatos de la inversión explotadora. La inversión extranjera de capital ya dejó de ser la «aventura personal» del pasado, para pasar a ser sistemas económicos monolíticos, anónimos y apátridas. Hoy, el inversionista extranjero forma parte integral e inalienable de un poderoso y vasto sistema de internacionalización del capital y de la producción, bajo la dirección de los gigantescos oligopolios transnacionales. El inversionista foráneo no es ya simplemente «socio» de una empresa determinada: integra anónimamente un poderoso cuerpo múltiple que concentra la tecnología, la política de inversión, la estrategia económica y aún la producción directa de sus equipos, que se sostiene con su propio capital anónimo multinacional y en el respaldo financiero de un sistema bancario mundial también hegemónico y transnacional.²

A lo largo de casi medio siglo, los monopolios extranjeros —prácticamente norteamericanos— mangonearon casi sin control en la industria petrolera de Latinoamérica. Los enormes beneficios obtenidos eran exportados y se invertían en la economía estadounidense. El petróleo latinoamericano —sobre todo el venezolano— cuyo precio era tres a cuatro veces inferior al de Texas, proporcionó durante muchos años a los EUA el combustible más barato del mundo y con ello contribuyó poderosamente al enorme desarrollo de la economía norteamericana. Puede afirmarse, sin error, que no son los monopolios ni la economía del norte los que financiaron el desarrollo económico de los países latinoamericanos, sino que son estos países los que han financiado por decenios el desarrollo económico de los EUA. Por ejemplo, de 1960 a 1970, el flujo de inversiones extranjeras en Venezuela fue de 3 800 millones de dólares y la salida de capitales del país alcanzó la enorme suma de 12 000 millones de dólares o sea un beneficio neto de 8 800 millones cuya parte del león se llevaron los monop-

² Dirección de Estadística Nacional de Colombia. «Informe sobre la actividad de las corporaciones multinacionales en América Latina», en Borche, Carlos. «Petróleo de la América Latina, Independencia o entrega», en *Unidad Latinoamericana*, Separata núm. 1, México, 1978.

lios nortños. La norma de beneficio de los monopolios extranjeros en Venezuela, en los años 60, se elevó del 40 al 46% anual y aun al 50% para algunas compañías. Para el año de 1973, las inversiones privadas en Venezuela alcanzaron el 44% de la suma total de inversiones privadas de los países desarrollados, con un total de 58 200 millones de dólares, de los cuales más del 60% procedían de los EUA. Y para 1977 —según informes de la CELA— el 70% de las inversiones privadas directas de los EUA en los países emergentes corresponden a América Latina.³

Los países latinoamericanos han sufrido enormes pérdidas en este comercio desigual con el imperialismo —bajos precios de materias primas, altos precios de artículos importados—, en el periodo citado. Venezuela sola perdió cerca de 5 000 millones de dólares como consecuencia de la baja del petróleo impuesta por los consorcios internacionales.

La nacionalización de la industria petrolera en México, en 1938 y la fundación de la empresa fiscal Petróleos Mexicanos (PEMEX) abrió el camino para toda Latinoamérica. Es una fecha histórica en la lucha de liberación continental y debió enfrentar una avalancha de agresiones: pérdida de mercados exteriores, intento de embargo de las exportaciones, supresión de suministros extranjeros de maquinaria, materiales y productos químicos esenciales; ataques publicitarios sistemáticos, escasez de personal dirigente y técnico, problemas de organización, instalaciones obsoletas y mal ubicadas, problemas diplomáticos relacionados con la exportación, problemas políticos internos.⁴ Sólo el respaldo de la nación entera al rescate del patrimonio nacional permitió ganar la batalla del petróleo contra las poderosas fuerzas imperiales. Antes de la Segunda Guerra surgieron compañías similares estatales en Bolivia, Argentina, Uruguay y Perú. Actualmente, casi toda la industria petrolera del subcontinente se divide entre el sector estatal y el extranjero transnacional. PEMEX luchó durante años contra los monopolios: a sólo siete años de la nacionalización, México obtuvo del petróleo una suma mayor que los impuestos pagados por los monopolios en sus 37 años de dominio absoluto. Hoy PEMEX cubre más del 90% de la energía que consume el país y se ha convertido en una empresa rentable, cuyos beneficios no sólo se vierten en la extracción del crudo, sino en otras ramas de la

³ «Evaluación regional de la estrategia internacional del desarrollo», CELA, 17º periodo de sesiones, Guatemala, abril-mayo, 1977. En Borche, Carlos, *op. cit.*

⁴ Alonso González, F. *Historia y Petróleo. México: el problema del petróleo*, Ed. Ayuso, Madrid, 1972, p. 141.

industria, particularmente la petroquímica (fertilizantes, polímeros, plásticos, fibras artificiales, pinturas, etcétera). Dispone de seis refinerías modernas y controla la mayor industria de gas del país. PETROBRÁS en Brasil, CVP en Venezuela, hicieron progresos semejantes; no así aquellas empresas que se pusieron a la zaga de los consorcios y fueron poco a poco cayendo en el peligroso tembladeral de la «economía mixta» que termina siempre en la invasión foránea (ANGAP en Uruguay, IPF en Argentina, ENAP en Chile, Bolivia).⁵

La riqueza petrolera de México es enorme: cifras aproximativas indican unos 800 mil kilómetros cuadrados en el área territorial y unos 400 mil kilómetros cuadrados en la plataforma continental. De esta vasta superficie, sólo ha sido explorado industrialmente apenas un 12%,⁶ lo que significa una vasta reserva para el futuro inmediato. A su vez, la producción total de energía en el país estaba cubierta, para 1976, de este modo: 86% proveniente de hidrocarburos (petróleo y gas natural), 7% de plantas hidroeléctricas, 6% de carbón y 1% de otras fuentes.⁷

Esto da una idea precisa sobre el papel del petróleo en la economía nacional. A partir de la nacionalización, en 1938, los recursos petrolíferos se volcaron prácticamente a la demanda interna. Sólo en las últimas dos décadas, México ha sido un exportador marginal de productos petroleros y recién en 1974 cobra dimensiones de gravitación internacional la política de exportación del energético, que actualmente ocupa el primer plano de la economía nacional.⁸ En el subcontinente latinoamericano, México ocupa el segundo lugar en las reservas actuales de petróleo con el 33.5% de las mismas, después de Venezuela que posee el 36.9%.⁹

A mediados de 1972, México producía 500 000 barriles diarios de crudo, para fines de 1976 alcanzaba a 900 000 barriles diarios. Actualmente, la producción asciende a 1 450 000 barriles diarios y para fines del sexenio, en 1982 —según muy recientes informes del Director de PEMEX— se calcula una producción de 2 242 000 barriles diarios de crudo y una producción de 3 630 000 pies cúbicos diarios de gas natural. Para fines de 1979 —agrega el ingeniero Díaz Serrano—

⁵ Borche, Carlos. "Petróleo de la América Latina: Independencia o entrega". En *Unidad Latinoamericana*, Separata núm. 1, México, 1978.

⁶ "Informe Anual del Director de Petróleos Mexicanos", *Excelsior*, 19 marzo, 1976. Citado por Bonilla, Arturo. "La política petrolera mexicana", *Problemas del Desarrollo*, Año 7, núm. 27, México, 1976.

⁷ *Excelsior*, 17 marzo, 1976. Citado por Bonilla, A., *op. cit.*

⁸ Bonilla, Arturo. "La política petrolera mexicana". En *Problemas del Desarrollo*, Año 7, núm. 27, México, octubre, 1976.

⁹ Borche, Carlos, *op. cit.*

los ingresos de PEMEX serán mayores que sus gastos incluyendo las nuevas inversiones. Al final del sexenio, el adeudo total de la institución quedará reducido en 20 000 millones de pesos: en 1976 se debían 54 000 millones de pesos; para 1982 deberemos solamente 34 000 millones de pesos.¹⁰

Sin embargo, la prospección del petróleo en Latinoamérica se efectúa aún muy débilmente, en comparación con otras zonas petrolíferas del mundo capitalista, Medio y Cercano Oriente; en el periodo entre 1938 y 1969, las reservas fidedignas prospeccionadas en Latinoamérica aumentaron en 11.7 veces, en tanto en los países de Oriente el aumento fue de 48 veces. Esto está determinado por la política de los monopolios petroleros que operan en todo el mundo con función rectora de la producción y los mercados. Pero los recursos potenciales en el subcontinente latinoamericano son gigantescos: importantes yacimientos petrolíferos han sido descubiertos en los últimos años en el golfo de Venezuela, la cuenca del Orinoco, el sudeste de México, la plataforma continental de la Argentina, la región amazónica peruana y en Bolivia. Según datos mexicanos, las reservas probables en el país son de 30 a 60 mil millones de barriles. Pero las reservas estimadas de la cuenca del Orinoco se evalúan entre 700 000 millones y 2 billones de barriles de crudo, en una extensión de 75 mil kilómetros cuadrados.¹¹

El petróleo, material fósil cuya formación requirió millones de años, es materia finita, materia no renovable, cuya extracción y consumo implican una vida temporal limitada. El hecho que las reservas mundiales disponibles y mensurables y aún las reservas estimadas, no disponibles ni mensurables pero técnicamente demostradas, aseguran un suministro mantenido por plazos de tiempo relativamente seguros para algunas generaciones, ello no obsta para que dicho plazo pueda calcularse, sin optimismos, en tiempos históricamente breves, particularmente porque la demanda energética se triplicará o cuadruplicará apenas para el fin del siglo. Es seguro, por tanto, una grave crisis de la energía predecible para ese tiempo. Quiere decir que la economía del petróleo, la política del petróleo se convierten en una economía política vital —desde ahora— para todo país productor y para toda sociedad consumidora de energía. No es sólo la economía de la materia prima, la economía de la naturaleza: es la economía de la sociedad entera que significa la producción y reproducción en el tiempo, su subsistencia histórica.

¹⁰ "Informe del Director de Petróleos Mexicanos, Jorge Díaz Serrano". En *Uno más uno*, 14 noviembre, 1978.

¹¹ Borche, Carlos, *op. cit.*

Desde esta perspectiva histórica concreta hay que reflexionar sobre el antagonismo de las fuerzas que dominan el terreno de esta economía. Éste es el campo de la ideología y de su movimiento múltiple y heterogéneo, incorporado a una tradición política y a una historia viva del pueblo mexicano rica en luchas nacionales con el petróleo como bandera. Una dialéctica de ideologías que oscila contradictoriamente entre dos polos opuestos: el polo de una auto-conciencia de grandeza, triunfalismo, despegue desarrollista, seguridad, potencia económica, una imagen fetichizada de la verdadera ubicación económico-política de la nación y un polo opuesto, no menos subjetivista e ilusorio, de sometimiento, expoliación, dependencia, subdesarrollo, una conciencia arcaica, fatalista, ahistórica y estéril. Como toda ideología, ambos polos y sus formas de conciencia correlativas, se apartan de la realidad y se erigen en entidades sociales —no por subjetivas menos activas— que configuran, a su vez como factores determinantes, la ideología dominante y las diversas ideologías que surgen como hongos en la sociedad, cada una de las cuales representa —bajo ropajes idealizados o mistificados— los diversos intereses de clase que gravitan sobre el patrimonio nacional y sus formas de apropiación. En otros términos, el petróleo opera al nivel de la estructura económica como naturaleza trabajada y fuente de riqueza productiva y también opera al nivel superestructural como conciencia social de clases antagónicas.

Pero no es en estas formas de la conciencia ideológica donde deben buscarse las soluciones históricas de este gran problema nacional. No es en la *filosofía* del petróleo —más o menos elaborada ideológica y teóricamente— sino en la *economía* del petróleo donde reside y opera esa problemática. Esa economía se mueve en un abanico de procesos intermediarios —la extracción, la industrialización, la distribución, el consumo— que corresponden a una cadena de intereses generales y privados vinculados a cada etapa del proceso, con sus correspondientes grupos de presión social en cada eslabón. En última instancia, toda la economía petrolera adoptará formas políticas, jurídicas, legales en pugna o alianza unas con otras, que implican a la sociedad entera en el proceso como representación viva de la nacionalidad. No puede relegarse, entonces, este vasto problema económico, político y social al sólo pensamiento y acción de los núcleos dirigentes o especializados, porque ello supone relegar el bien patrimonial del pueblo y la propia soberanía de la nación. Es un problema que atañe a la totalidad social.

Más allá de las ideologías y desde una perspectiva histórica concreta y objetiva, es evidente el antagonismo absoluto de las fuerzas

que actúan históricamente en el campo del petróleo. No son los mismos intereses los de los grandes consorcios multinacionales que monopolizan los hidrocarburos en todo el mundo capitalista, cuyo monopolio cubre prospección, extracción, industrialización, distribución y comercio del combustible, con una filosofía del consumo y del beneficio, que los intereses de los países productores que son intereses nacionales —desarrollo de la industria, diversificación de subproductos— con una filosofía de la transformación. No es, pues, sólo una política de precios y mercados: es una política compleja y multilateral del bien patrimonial de la nación e incluso su factor determinante de desarrollo y progreso. Por lo tanto, son intereses antagónicos y filosofías antagónicas de las relaciones entre el hombre y la naturaleza: una filosofía de la explotación predatora, regida por el puro beneficio; otra filosofía de la transformación de la naturaleza, regida por el trabajo social constructivo.

Hasta hace pocos años, el campo del petróleo era una especie de mundo «extraterritorial» dominado en absoluto por los grandes consorcios anónimos transnacionales que hegemonizan la industria y el comercio con gigantescos beneficios. Actualmente, el campo está también ocupado por la OPEP que representa, no los intereses multimillonarios del macroempresismo privado capitalista, sino —de un modo u otro— el conjunto de intereses nacionales del mundo productor subdesarrollado, independientemente de la estructura política de los países productores, su grado de voluntarismo independentista o su sometimiento a las decisiones del *establishment*.

Es indudable que el enorme aflujo de ingresos a las áreas productoras de petróleo que integran la OPEP no ha cristalizado en un verdadero desarrollo económico de estas áreas. Este aflujo de ingresos continúa yendo a parar a las minorías parasitarias del poder capitalista, la burocracia estatal, las camarillas militares de alto rango o sea las clases sociales dominantes, esencialmente conservadoras y reaccionarias, cuyos intereses se oponen a una distribución más equitativa de los beneficios, que disminuiría su poder económico y político. Tampoco estas clases están interesadas en el desarrollo económico nacional a través de la industrialización que, por otra parte, exige bienes de capital y tecnología que significan una nueva dependencia económica. Todo lo más se desarrolla una industrialización periférica, dependiente, importadora, financiada desde el exterior, en un modelo de sistema subsidiario. Todo ello tiende, no al progreso autónomo nacional y a la liberación económica, sino a perpetuar el propio sistema subdesarrollado a través de un Estado ligado a los intereses extranjeros enclavados en la industria petrolera. Los beneficios fiscales obtenidos

del petróleo son utilizados en la negación del desarrollo autónomo en que coparticipan el Estado y las compañías petroleras.¹²

Desde luego, la OPEP no será el organismo político liberador del Tercer Mundo petrolero ni tampoco su vanguardia política. La OPEP no ha transformado las estructuras económicas, no ha cambiado las correlaciones de clases, no ha emancipado la fuerza de trabajo de la explotación e incluso, en algunas áreas, opera como factor de represión del movimiento de liberación popular (Irán, por ejemplo). Pero la OPEP no es sólo una alianza de califas y magnates del petróleo en competencia con una alianza de macroempresas anónimas y apátridas que deciden e instrumentan la política exterior de los estados imperialistas. La OPEP es, también, un baluarte concreto de defensa de intereses antimperialistas que ha logrado conmovir los cimientos mismos del sistema capitalista oligopólico. Desconocer la OPEP es debilitarla y liquidarla históricamente, sirviendo con ello los intereses de las metrópolis imperiales que se oponen férreamente y por las vías más pragmáticas a todo intento de «nacionalización» o de «socialización» de los recursos naturales de los países subdesarrollados y por ello socavan de continuo la unidad política de los países productores. Reconocer la OPEP, impulsarla, reforzar su debilidad frente al capital trasnacional, mejorar las condiciones tácticas de su lucha, apoyar la política de sus fuerzas populares sería siempre mantenerse en una lucha de precios —ciertamente— pero la lucha de precios es el terreno específico en que opera el imperialismo trasnacional y su flanco de ataque más sensible. Además, debilitar OPEP es debilitar PEMEX y aparatos nacionales similares; es debilitar la lucha antimperialista de los pueblos de todo el Tercer Mundo.

Después que los países de la OPEP subieron los precios del crudo en 1973, tanto los EUA como los otros estados imperialistas, que durante décadas se enriquecieron con los hidrocarburos baratos, acusan ahora a los productores de petróleo de «agresión económica» y pretenden presentar a OPEP como la responsable de todas las desgracias del Tercer Mundo. Es precisamente el revés de la realidad, porque la agresión económica fue y es el método táctico de la política imperialista contra los países que amagan lograr su independencia económica. La historia de la OPEP —si breve— es rica en todo tipo de agresiones económicas, presiones y amenazas por parte de los centros del poder político, cuyo táctica actual consiste en mantener al mundo al borde de la guerra como método de chantaje y de presión.

¹² Gutiérrez-Haces, Ma. Teresa. "Crisis petrolera y coyuntura internacional". En *Problemas del Desarrollo*, Año 7, núm. 27, México, 1976, p. 9.

El factor que permite la continuidad de la explotación es el control de los mercados de venta. La revista *Fortune* escribía: "la integración vertical de las trasnacionales petroleras, ofrece una enorme ventaja: la red mundial de ventas que supedita a ella la industria petrolera de todo el continente y priva a los países productores de la posibilidad de diversificar sus mercados y los encierra en sus pocos mercados exteriores tradicionales".¹³ Otro factor capital es el control por los monopolios de la flota petrolera de transporte. Venezuela transporta en sus barcos apenas el 1% de la exportación y lo mismo se repite en México y en toda Latinoamérica. Este control sobre mercados, flota, oleoductos y depósitos y también centros industriales es lo que facilita la hegemonía y la política de chantaje. Apenas una octava parte del petróleo que fluye en los mercados internacionales es traficado sin la intervención directa de los grandes consorcios trasnacionales, mientras las siete octavas partes restantes, que constituyen la casi totalidad de la oferta mundial, atraviesan las fronteras de países y regiones sin separarse del rígido control de las empresas del cártel. Quiere decir que el petróleo circula mundialmente en un proceso de distribución sobre el cual ordinariamente los países productores tienen poco fuero e ingerencia.¹⁴ Esto perpetúa y agrava progresivamente la «crisis» del petróleo, porque las contradicciones entre los países productores y los grandes países consumidores y mercantiles se mantienen y acentúan.

Decir petróleo es decir política. Pero la política económica petrolera es sólo parcialmente autónoma: ella está indisolublemente vinculada a la política general frente a las macroempresas multinacionales. La nacionalización del petróleo o del transporte no cerró las brechas de penetración económica imperialista en México, como en todo el subcontinente latinoamericano. Por el contrario, la historia más reciente demuestra la expansión creciente del capital trasnacional en la vida económica del país: desde el alimento envasado hasta la bebida refrescante y el medicamento, desde los automotores a la comunicación, desde las tecnologías incorporadas a la *praxis* social cotidiana hasta la banca y las estructuras gigantistas del consumismo. La participación directa e indirecta del capital inversor extranjero en el país es probablemente sólo calculable en rubros generales, pero es evidente la competencia ruinososa con el capital nacional progresista.

La doctrina de esta nueva forma de penetración imperial ha sido

¹³ Borche, Carlos, *op. cit.*

¹⁴ Malavé Mata, Héctor. "Venezuela: Contexto internacional de la nacionalización petrolera". En *Problemas del Desarrollo*, *loc. cit.*, p. 19, México, 1976.

expuesta al desnudo por Henry Kissinger: "El sistema económico internacional ha sido construido sobre los siguientes elementos centrales: un comercio libre y en expansión, libre movilidad del capital y la tecnología, fácil disponibilidad de aprovisionamiento de materias primas e instituciones y prácticas de cooperación internacional".¹⁵ Faltó añadir mano de obra barata y reserva de desempleo, para configurar la doctrina moderna del imperialismo trasnacional expuesta con cínica claridad. Todo interés que se oponga a esta premisa es un interés contrario al sistema y regirá la política económica y exterior, diplomática, secreta o militar del sistema, para el cual economía y política exterior son una sola cosa.¹⁶

Las empresas multinacionales se expandieron enormemente en las últimas décadas sobre los diferentes negocios de la industria extractiva y del consumo en alianza, voluntaria u obligada, con la alta burguesía local burocrática. La participación directa o indirecta actual de estos consorcios en la dinámica global de la economía mexicana es probablemente materia de conjetura más que cifra estadística. Pero la vasta telaraña del capital trasnacional cubre ya todas o la mayoría de las estructuras industriales y comerciales de la vida nacional y supedita y ahoga competitivamente todo programa de desarrollo y de expansión genuinamente nacional. Decir petróleo es decir política, decir economía es decir política, pero política antiimperialista consecuente y extendida a todas las multifacéticas formas de penetración del gran capital monopolista multinacional. Una política tal, para lograr sus objetivos debe tener dimensión nacional, apoyada en las vastas masas populares y en sus organizaciones políticas y sindicales progresistas. Debe tener dimensión continental, en una alianza concreta de objetivos con aquellas naciones de Latinoamérica que luchan por la emancipación económica y política desde el tiempo de la colonia, con las mismas consignas históricas que la nación mexicana. El petróleo se convierte ahora en un arma de presión política y de defensa del común interés de los pueblos latinoamericanos.

Hay muchos problemas no resueltos, hay muchos que giran en el debate polémico y en la indefinición política frente a un competidor que no conoce indefiniciones y continúa aferrado a sus viejas fórmulas pragmáticas que mueven la política exterior, la diplomacia, la misión secreta y el acorazado. Y que también inventa las alambradas cuando sirven a sus intereses o juega con los neutrones cada vez que

¹⁵ Kissinger, H. A. *Strengthening the world economic structure*, Kansas City, Miss., 13 mayo 1975. vs Department State.

¹⁶ Petras James y Morley Morris. "El «modelo» venezolano y los Estados Unidos". En *Problemas del Desarrollo*, loc. cit., p. 67, México, 1976.

hay que retomar la vieja tradición del *big stick*. En este campo es donde operan las ideologías políticas más diversas que a menudo oscurecen o enmascaran los problemas concretos y las soluciones concretas. Se sostiene la necesidad de aumentar la producción del crudo al nivel competitivo internacional y se sostiene la necesidad de reducirla como recurso natural no renovable. Se defiende una ideología triunfalista con México en la vanguardia de los países exportadores y otra ideología negativista de que la industria mexicana no posee capacidad para alimentar los mercados exteriores. Se afirma el desarrollo de la industria petroquímica como más racional e historicista que la comercialización del crudo y se niega ese desarrollo porque implica mayor dependencia financiera y tecnológica. Se argumenta que PEMEX debe ampliar y diversificar sus operaciones y también que PEMEX está cada vez más endeudado por la importación necesaria de tecnología. Se discute si México debe o no participar en la OPEP, si debe o no aceptar sus directivas y se discute el papel histórico-social de la OPEP, desde la defensa hasta el rechazo.

Todos estos problemas reales y concretos y aún inmediatos y también temas de resonancia pública cotidiana. Es verdad, reconozcámonlo, que las repetidas afirmaciones del gobierno sobre estos tópicos aportan confianza a la política petrolera del Estado y hay una indudable firmeza en la política de precios. Pero también es verdad que la historia camina, no sobre las palabras, sino sobre las acciones humanas.

SUMMARY: This article deals with multiple aspects of Mexican oil economy, the historical evolution of its nationalization and the benefits and transactions that has suffered along the years, as well as its planning; all these issues are discussed within the frame of the world-wide controversies aroused by the energy topic. The author analyses the oil strategies that determine State policies, diplomatic

RÉSUMÉ: L'auteur analyse divers aspects de l'économie pétrolière mexicaine, des avatars historiques de la nationalisation et de sa planification, dans le contexte de la problématique pétrolière internationale.

Il analyse la stratégie du pétrole à travers des politiques de l'État, des pressions diplomatiques, économiques et même militaires, qui sont le ressort des gue-

decisions, economical pressures, and the activities of powerful armies. These reasons explain at length the ever-increasing civil wars, aggressiveness in localized points, intervention of military and political forces; everything aiming to the same target: the oil.

rres locales, interventions politiques et militaires, pour s'approprier du pétrole.